CARTA LIII.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE D.***

Serias muy injusto, mi querido Conde, si sospechases que no he hecho todos mis esfuerzos para determinar á mi hija en favor de Mastrilli, no porque me asustase la situacion en que se halla, ni porque me deslumbrase la que se le ofrece. Solo el mérito de este señor es lo que me hace sentir no tenerle por hijo. Si escuchase á la sangre y á la carne, diria que nuestra querida Marquesa no fué feliz en su primer matrimonio. Tú sabes, como yo, que las nubes que turbaron sus hermosos dias, se sucedieron tan rápidamente, que apenas logró algunos intervalos de reposo: pero soy cristiana, y segun esta cualidad, no puedo mirar lo que ha sufrido con otros ojos que con los de la fé. Sus trabajos eran necesarios para su santificacion, y tal vez perderia en una vida mas feliz, los tesoros que ha adquirido por estos trabajos. Para ponerte en estado de hacerme justicia en este negocio, voy á pintarte la conducta que he observado en él, y estoy segura de que tu amigo te dirá que no ha consistido en mí el que no sea feliz: él está bien convencido de ello.

Aunque la virtud de mi hija no tenia necesidad de ninguna precaucion para decirla que está absolutamente arruinada, y que sin la circunstancia de la venida y designio de Mastrilli, no hubiera yo usado de ningun rodeo para anunciarla la pérdida de su pleito; no obstante, despues de haberlo maduramente pensado, creí que era preciso diferir el hacerlo hasta que yo hubiera hablado con tu amigo. Inmediatamente que recibí tu carta, dije á la Marquesa que teniendo este Señor un negocio de mucha consecuencia en Francia, le habias encargado que al pasar nos hiciese una visita, y que llegaria al dia siguiente. Miré, pero con un aire como distraido, la cara de la Marquesa al pronunciar estas palabras, y no me pareció que esta visita la causase ninguna inquietud: al contrario, me dijo que tendria alguna satisfaccion en verle, porque estaba bien segura de que habia sentido la muerte del Marqués, y que tendria algun alivio en mezclar sus lágrimas con las suyas. Esta respuesta me hizo conjeturar bien del suceso de nuestra empresa, y confieso que discurria muy mal; yo hubiera debido al contrario pensar que no existia ya en el corazon de mi hija una sola centella del fuego que habia temido abrasarse; de otro modo, la próxima visita de Mastrilli, la

hubiera causado conmocion ó cortedad. Aquella misma noche me habló de él cenando, y ponderó sus buenas cualidades con un ardor, que me engañó. Llegó, como me decías, al dia siguiente, y su visita hizo en mí la mas favorable impresion; no te diré que me encantó su talento; el hombre que mas tiene representa siempre un ridículo personaje cuando ama y está incierto de su suerte, y nuestro enamorado no se condujo mejor que otro. Fingió que no podia detenerse mucho tiempo en casa, y al ver mi grande admiracion, mi hija le dijo que á lo ménos nos debia acompañar quince dias. No te repito el asunto de la conversacion; los dos primeros dias lloramos nuestra pérdida como si estuviera reciente, y la amistad que este jóven conserva al Marqués, me da la mejor opinion de su corazon. Al otro dia de su llegada procuró tener conmigo una conversacion á solas, donde fué mas elocuente que al lado de la Marquesa; y despues de haberle prometido ayudar con todo mi poder, me dijo que ya era tiempo de desocupar la quinta, ántes que nos obligasen á hacerlo; y queriéndole proporcionar una ocasion favorable para declarar sus sentimientos, convine en decir á mi hija en su presencia la pérdida de su fortuna. Se quedó admirado de la tranquilidad con que me escuchó,

solamente mostró una viva alteracion cuando la hablé de las tres familias que se hallaban envueltas en su ruina. No lo permita Dios, exclamó; calló un instante, y despues me dijo: seguramente, madre mia, que no perderán un sueldo. Podrias prometerselos, la dije, si quisieras aceptar el recurso que la Providencia te proporciona. En este instante, Mastrilli se echa á sus piés, y esplicándola bastante de qué naturaleza eran los socorros de que yo le hablaba, se puso en estremo encendida mientras este señor la ofrecia con voz trémula su persona y sus bienes. Habiendo vuelto mi hija un poco en sí, me miró con un aire que parecia reprenderme la especie de traicion que yo la hacia; y suplicando á Mastrilli que se levantase, le agradeció con mucha gracia la generosidad de sus ofertas; pero añadió que se habia hecho ánimo firme de permanecer fiel á las cenizas de su esposo, y que era inflexible en esta resolucion. Me serví entónces de las razones que tú me habias dicho, é inmediatamente me respondió de un modo que me cerro la boca. Esperaba perder su pleito, y en consecuencia de esto habia arreglado sus negocios. El fiel ayuda de cámara del Marqués, que mantiene en su servicio, habia por su órden llevado los diamantes á Ginebra con la minuta de

su plata, y la ofrecen ciento y ochenta mil libras por todo, entrando en estos, ciertos muebles preciosos, de que puede disponer. En un instante nos probó, que pagando la deuda de su esposo, y reembolsando lo que ella misma ha pedido prestado para pagar á los criados, la quedaban seiscientas libras de renta; lo que le parece suficiente para vivir á mi lado ó en un convento. De suerte, la dije, ¿qué nadie perderá mas que los pobres? Eso es lo que me parte el corazon, me respondió: pero Dios no me pedirá respecto á esto mas que lo que pueda; y sin hacer pasar por mis manos los socorros que les habia destinado desde toda la eternidad, no permitirá que sean tentados por la pobreza mas allá de sus fuerzas. No me quedaba ya mas que una razon, que tú no me habias alegado, y que yo miraba como mi último recurso. Has perdido el pleito con costas, la dije; te quedan grandes sumas que pagar, ademas de las que el Conde ha adelantado, y de las cuales tiene la generosidad de no hablarte. Hubiera deseado, me respondió, no deber nada á nadie, y tal vez mi orgullo tendria que sufrir en recibir socorros de cualquiera otro que de mi respetable cuñado; pero os confieso que de buena gana tomaré de su mano una pension mucho mas corta que la que me queda-

ba, y las catorce mil libras sobre que estaba fundada, servirán para pagar los gastos. Levantándose despues inmediatamente con una suerte de gozo, os doy gracias, Dios mio, exclamó: entraré en el seno de la tierra como salí del de mi madre, despojada de todo. Al acabar estas palabras nos dejó llenos de admiracion, y se fué á su gabinete. Mastrilli me preguntó llorando si no podria yo hacerla mudar sus heróicas disposiciones. No le lisonjee; mi hija no ha tomado derepente la resolucion de permanecer viuda; este sin duda es un designio formado muy de antemano, y yo no tendria valor para combatir los motivos religiosos que la han determinado á ello. Lo he intentado no obstante, y no he sacado de mis esfuerzos otra cosa, que la conviccion de que serian inútiles. Se ha ocupado lo restante del dia en prepararlo todo para acompañarme á la casa paterna, y me suplicó obligase á Mastrilli á que se retirase, asegurándole de su parte, que ella conservaria toda su vida los sentimientos de gratitud que su noble proceder ha añadido á los que tenia ya por los favores que la habia hecho, y que le profesaba la estimacion mas verdadera. ¿Y nada mas? la pregunté sonriéndome. No debo, querida madre mia, respondió, disimularos á vos nada; me alteré por un momento

cuando ví á Mastrilli á mis piés; pero pasó mi sorpresa como un relámpago, porque mi corazon está lleno de otro amor, para el cual es demasiado estrecho, y no procuraré disminuir con mis esfuerzos su corta capacidad. La que no está casada, dice San Pablo, no tiene otro cuidado, que agradar á Dios; en lugar que una esposa esta dividida entre el Señor y su esposo. Sé que hablaba el Santo con las vírgenes, y creo que esto se puede aplicar á las viudas. Escogí la mejor parte, madre querida; pedid que no me sea quitada, mas bien que solicitarme á que la renuncie yo misma. Esta es la única cosa en que creo tendré vigor para resistirme á vuestros consejos. No permita Dios que te los dé yo contrarios á lo que crees deberle, la respondí; sigue el camino que su Divina Magestad te señala; yo te prometo no apartarte jamás de él: pero permíteme te suplique que no hagas partir á Mastrilli tan repentinamente. Le diré todas tus resoluciones de modo que le quite toda esperanza, y te aseguro que no te importunará mas con sus solicitudes. Despues de esta promesa, ten á bien te haga presente que el Conde le ha encargado nos acompañe á Sens, y que yo he admitido sus ofertas. Bien veo, me respondió la Marquesa, que mi madre habia entrado en la cons-

piracion que contra mí se fraguaba. Mastrilli la habia enternecido, y siente la pérdida de un tal hijo: pero yo hallaré un medio de poneros de acuerdo. Supongo por decontado, que Mastrilli sin hacerle agravio, tiene un corazon susceptible de ternura, sin que se pueda sospechar en él una de aquellas constancias que duran muchas veces hasta el sepulcro. Amaba muy sinceramente á la Condesa, y le curó la desesperacion. El estado en que me vió al salir de mi naufragio, le enterneció, y en un corazon dispuesto á la ternura, la lástima conduce al amor. Estoy firmemente persuadida, de que mis últimas desgracias, pues las quieren dar este nombre, han producido en él sentimientos que no son demasiado violentos; y así no temo se desespere ni por un instante. Podria tambien suceder que para consolarse llegase á quedar enamorado de una de mis hermanas, y hablando francamente no tendré lástima de aquella á quien él ofreciese su corazon, aunque sea ya la tercera á quien se lo ofrece. Estas niñas jamás han bebido en la lectura de las novelas la falsa delicadeza que hace rehusar un homenage, porque no es la primera á la que se lo ha ofrecido. Consiento por lo tanto en que sea nuestra guia, pues cuento mucho con vuestra palabra para temer sus importunidades.

Dije palabra por palabra á Mastrilli la conversacion que habia tenido con mi hija, excepto el artículo que tocaba á sus hermanas. Le hice comprender que seria impiedad pretender le prefiriese á Dios, á quien la Marquesa quiere consagrar el resto de su vida. Le aseguré que le estimaba mucho, y no temí añadir que si mi hija hubiese pensado en pasar á segundas nupcias, no hubiera tenido que temer otro rival, porque hacia justicia á su mérito; y para darle pruebas de la realidad con que hablamos, acepté la oferta que hacia de conducirnos hasta nuestros dioses penates. Partirémos dentro de tres dias; porque mi hija necesita de todo este tiempo para hacer vender sus efectos. Mastrilli se ha alegrado mucho de tener este término, porque dice que tiene un negocio en Leon que le obliga á tomar la posta; y como le bastan dos horas para concluir el asunto que allí le lleva, promete volver á tiempo.

Hallándome retirada en mi cuarto para acostarme, Mastrilli, que se habia despedido porque tenia que partir muy de madrugada, pidió permiso para decirme una palabra. Me admiré muchísimo de verle á mis piés, y todavía mas cuando me dijo no dejaria aquella postura, ínterin no le otorgase yo una gracia que tenia que pedirme. Como no podia tratarse ya de la

Marquesa, le aseguré que me daria el mayor gusto que podria yo tener en vida, si me indicaba en qué podria servirle. Se levantó fuera de sí, y me obligó á admirar su generosidad, sin poder persuadirme á admitid sus ofertas. Se trataba de una friolera: era preciso aceptar solamente docientos mil francos para terminar todos los asuntos de mi hija. Un movimiento indeliberado, y que es una verdadera imprudencia, me hizo decir por única respuesta; ¿qué no daria yo por tener un hijo tal? El respondió sin detenerse: ¿qué no daria yo por tener una tal madre? Yo le abrazo, le juro, y le protesto, que ofenderia mortalmente á la Marquesa y aun á mí misma, si pudiese rendirme á sus deseos. En verdad, se mostró mas sensible á esta última recusacion que á la primera, y salió desesperado de mi cuarto.

Me tienes en la mayor inquietud con lo que me dices de mi querida Condesa, y te ruego me digas si su mal es efecto de su embarazo, ó si tiene otro orígen. Yo soy verdaderamente la prueba de que los objetos mas propios para procurarnos la felicidad, llegan á ser tal vez fuente fecunda de mil inquietudes. ¿Qué madre fué jamás mas feliz que yo en sus hijos? Y sin embargo, ¿á qué madre han causado mas dolor?

Tu carta no podrá hallarme aquí, con que es preciso dirigirla á Sens para el correo siguiente.

CARTA LIV.

DEL CONDE A MADAMA DE MONTIER.

Señora: Me cerrais la boca, anunciándome los motivos que empeñaron á la Marquesa á rehusar su consentimiento á una cosa que yo deseaba con la mas viva pasion. Es verdad que no ha sido feliz en su primer matrimonio; pero segun todas las apariencias, hubiera encontrado con Mastrilli toda la felicidad que prudentemente se puede esperar en esta vida; mas conozco que su ambicion no es tan limitada, ella quiere otra dicha que no tenga mezcla alguna de inquietud, y ésta solo se puede encontrar en el cielo. Si conociese menos la superioridad de su virtud, temeria pudiese llevar adelante la animosa resolucion que acaba de tomar. Jóven aun, bella, sin hijos y pobre, parece que todo aspiraba á que se rindiese á nuestros deseos; sin embargo, ella desecha una ocasion que mirarian otras mil como el *non plus ultra* de la felicidad. Quiere, semejante á los hijos de Leví, no tener porcion alguna sobre la tierra, porque el Señor es su todo; respetemos su resolucion. Hay sin embargo un

artículo en que no puedo halabarla, y perdóneme su bella alma, en cualquiera otra sospecharia un grande orgullo. El sistema que ha tomado es á lo estóico, y esto me choca mucho. ¡Admirable idea la de vivir con cuatrocientas ó quinientas libras de renta! ¡Pues qué! No gozo yo deveinte mil, cuya mitad basta para mi gasto, ¿y me quitará una hermana el indecible consuelo de mantenerla con lo que á mi me sobra? Me impaciento, á la verdad, cuando pienso en ello y mi esposa no está menos ofendida. Dejo aparte la humildad cristiana, que no permite avergonzarse de los beneficios que se reciben. Hablo solo de los deberes de la amistad. Se dice comunmente que no hay mejor papel que el que hace aquel que da, y que el de los que reciben es estremamente penoso; he aquí en lo que jamás convendré. Yo sé que la perfeccion de la amistad consiste en recibir sin repugnancia los beneficios del amigo. Esta es la piedra de toque para juzgar del precio y realidad del respetable sentimiento que une á los que se aman. No se necesita mas que una amistad comun para partir sus bienes con un amigo que se halla en indigencia, siendo tan vivo el placer, que de esto resulta que recompensa con un cien doblado. Os pregunto ahora, si la Marquesa tiene para con-

migo la correspondencia que tengo derecho de prometerme de su amistad; despues de lo que me ha prometido, ¿no podrá adivinar la satisfaccion que es para mí poder serla útil á tan poca costa? ¡Pues qué! ¿se llamará mi amiga, y me privará por una nimia delicadeza del mas delicioso de todos los placeres? nunca lo creeré. Rehusar tales bagatelas, es poner en duda la felicidad que se halla en ofrecerlas; es hacer una injuria enorme á un amigo. Os advierto que no podria perdonar á la Marquesa la sola proposicion de pagarme la cortísima cantidad que adelanté por ella para los gastos de su pleito.

Mi esposa está absolutamente recobrada de una desazon que hacia temer un mal parto; y los médicos aseguran que completará su tiempo. Al instante que salga de su apuro, cuenta en ir conmigo á Sens, y hemos conseguido seis meses de licencia para haceros una visita. Si vuestros deseos, por lo que hace á Mastrilli, tuviesen efecto, seria para nosotros un aumento de gozo, porque es dificil hallar un mérito mas completo que el de este jóven. No os disimularé que le escribo en este sentido; tengo muy buena opinion de él para creer que pueda atribuir á sus riquezas lo mucho que deseo verle entrar en nuestra familia.

CARTA LV.

DEL CONDE AL SEÑOR MASTRILLI.

Suspende tu juicio, querido amigo, hasta el fin de mi carta, para ver si estoy loco ó cuerdo. He deseado sincerísimamente que el fuego destruyese tus palacios; que los torrentes se llevasen tus tierras, que tus administradores hiciesen bancarrota, que los ladrones te hubiesen despojado y te dejasen en camisa. ¿Y sabes lo que haria. mos nosotros si te viéramos reducido á tan miserable estado? Iriamos alegres á ofrecerte una muger que te daria lo necesario filosófico, y bienes que no tienen precio, por añadidura. Atiende no obstante; entre las buenas y excelentes cosas que este matrimonio te proporcionaria, hallarias un poco de mercancía falsa, y que seria preciso recibir con todo lo demás: esta seria un pícaro de un cuñado qué hace mala figura con el resto de la familia. *Este excelentísimo Señor, soy yo.* Es decir, querido amigo mio, que en lugar de aconsejarte que te ahorques, porque la Marquesa no quiere ser tu esposa, te exhorto á que tomes el único medio de vengarte emparentando con ella, casándote con una de sus hermanas. No me vengas con la cantinela de una eter-

na constancia, que no se halla sino en los libros, y que si existiese, seria la pasion de los tontos. Yo hablo de una constancia sin esperanza bien entendida. Todos se cansan de amar sin interés, y mudan de objeto; pero he aquí un peligro que tú no prevees. Siete años ha, que amas sin esperanza; desde tu primera pasion me juraste que jamás te incomodaria nada el amor, y desde luego me dirias ahora otro tanto, aunque con tan poca verdad. La ociosidad es un estado demasiado violento para un hombre de tus años, acostumbrado á llevar desaires; le es necesaria una pasion, y la falta que esta le hace, le impide mirar muy de cerca el objeto, de que espera el socorro para salir del tédio que experimenta, y de que se vé vencido. Tú podrias muy bien por pura necesidad hacer una eleccion que no fuese digna de los primeros fuegos que han ennoblecido, nuestros corazones. Digo, nuestros corazones querido amigo. Conocí á la Marquesa ántes que tú; esto es, la amé ántes de que la hubieses visto; y mi deplorable historia no tiene sino esta proporcion con la tuya. Yo respetaba los vínculos que la unian al Marqués, y la virtud de nuestra querida Marquesa me era tan preciosa, que creo me hubiera muerto de pesar, si ella hubiese sido capaz de dejar de ser virtuosa, aun en

favor mio; esto siente el amadis á boca llena y no es ménos verdadero. Arrastraba, pues, mis cadenas como un miserable forzado, sin esperanza de romperlas, cuando mi nueva estrella me inspiró buscar socorro en un nuevo amor. Me fué tan bien con esta receta, que creo deber á la amistad que nos une descubrirte este secreto. Todo lo que hace dificil la oferta que te presento de una de mis cuñadas, es que tú eres muy rico, y ella no tiene nada. Sabiendo, pues, esta circunstancia, te deseaba yo todos aquellos contratiempos que te dije al principio de mi carta, á fin de poder encontrar un poco mas de igualdad; has la prueba de mi remedio. Dicen que las dos pequeñas son en extremo hermosas: por lo que hace al carácter, nada puede salir de esta familia que no sea excelente: y si el que en ella entra no se hace bueno, á lo ménos concibe un gran deseo de llegar á serlo.

CARTA LVI.

RESPUESTA DE LA MARQUESA D.*** AL CONDE D.***

Mi estimadísimo conde: Tu carta es un tejido de calumnias y de juicios temerarios. Que yo tengo un gran fondo de orgullo, es una ver-